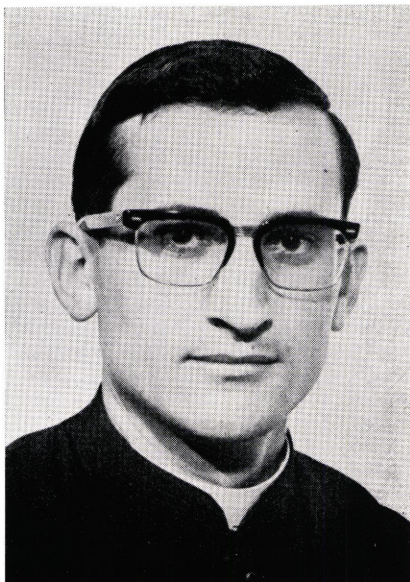


Queridos hermanos:

A punto de terminar el curso, la mano de Dios se ha hecho sentir entre nosotros, llevándose de nuestro lado, de modo imprevisible, al



## Subd. FRANCISCO FRANCO FRANCO

de 28 años de edad.

Este buen teólogo, perteneciente a la Inspección de Zamora, iba todos los domingos, en compañía de otros cuatro, al Barrio de la Vega, donde trabajan con muy buen espíritu salesiano entre los muchachos de aquella barriada: Santa Misa, Catequesis, Deportes. Este año prepararon un Concurso Catequístico, que terminó con una solemne fiesta de premios, el día 16 de junio. Para el domingo, 23, reservaron una excursión para los cincuenta mejores, con meta en Candelario, pueblo con sierra y río. Casi todos los chicos prefirieron subir hacia la nieve, mientras los más pequeños se quedaron junto al río para pasar el día jugando. A pesar de todos los cuidados y prohibiciones preventivas, un chiquillo resbaló y cayó al río; lo que motivó que nuestro Francisco se arrojava al agua, vestido como estaba, para salvarle. Logró darle un empujón y ponerle a salvo, a cambio de caer él en lo más profundo, de donde no pudo salir. Los restantes detalles, de confusionismo de aquellos pequeños y de dolor ante su impotencia, no son para descritos. El pueblo de Candelario, como los Salesianos y Antiguos Alumnos de Béjar, ofrecieron

toda suerte de ayudas, tanto en favor del pobre salesiano fallecido, como para atender a los chicos y, especialmente, al muchacho salvado heroicamente. Llegue desde aquí nuestra gratitud a todos ellos.

Apenas se supo la noticia en este Teologado y se comunicó a los Sres. Inspectores de Madrid y Zamora, vimos muestras de exquisita caridad cristiana por parte de todos. Dos sacerdotes acudieron al pueblo de sus padres para comunicarles directamente la triste noticia; otros marcharon a Béjar para gestionar el traslado de los restos mortales; el Barrio de la Vega vino al funeral, en tres autocares, y nos manifestó la inmensa gratitud que tiene hacia los salesianos; antiguos alumnos y Cooperadores, con su presencia y con sus llamadas telefónicas, estuvieron unidos a nosotros en momentos tan dolorosos. Ha sido todo un mundo de almas hermanas que han vibrado al unísono con notas de consuelo y de adhesión sincera. De modo especial, sus compañeros teólogos, vivieron horas de intenso afecto, expresado en oraciones, lágrimas y comentarios edificantes.

Su familia en pleno, con el Párroco del pueblo y algunos vecinos, se trasladó a Salamanca. Fue ejemplar su lección de aceptación de la voluntad divina, llevando la muerte de Francisco con gran entereza.

El funeral, presidido por el Sr. Inspector de Madrid, concelebrando el Párroco del finado y el que suscribe, juntamente con los treinta y cuatro compañeros sacerdotes, fue una función litúrgica inolvidable. Los Sres. Directores de las otras dos Casas salesianas de la ciudad, y las Hermanas Directoras de las dos Casas de las Hijas de María Auxiliadora, con representaciones numerosas de hermanos y hermanas y todos los teólogos, el Barrio de la Vega en masa, muchos Cooperadores y amigos, llenaban la iglesia. Y no era una simple presencia: era un acto fraternal de dolor, manifestado en las lágrimas de muchísimos de los presentes, sobre todo, durante las palabras de oración fúnebre que creí deber mío leer.

De este modo, su familia, pudo comprobar que su hijo, al dejar la propia casa, había encontrado verdaderamente otra familia, más numerosa en hermanos y rica en afecto.

Francisco había nacido en Grisuela del Páramo (León), el 7 de mayo de 1940, de familia muy cristiana, sexto de siete hermanos. El Señor le llevó a los trece años al Aspirantado de Astudillo (Palencia), donde hizo el primer curso, pasando luego a Arévalo (Ávila) a completar sus años de aspirante. El Noviciado, en Astudillo, durante el curso 1957-58. Y los cursos de Filosofía, en Guadalajara, desde 1958 al 1961. Los años de tirocinio los pasó entre los niños de Oviedo (Naranco), niños pobres que tuvieron en Francisco un verdadero amigo. El 2 de agosto de 1964 emitía sus Votos perpetuos y, meses después, comenzaba en esta Casa los estudios de Sda. Teología; estudios que estaba a punto de coronar cuando le ha sobrevenido la muerte.

La *semblanza moral* de Francisco nos ofrece características dignas de hacerse notar. Uno de sus compañeros me escribe: "En una visión rápida o para aquéllos que no le tratasen de cerca, es posible que aparentase ser un espíritu en exceso jovial, llegando hasta ser algo irreflexivo o picaruelo. Pero, al cambio de pocas palabras con él, se descubría su gran corazón, su espíritu sacrificado, delicado, lleno de entrega para los demás". Es decir, se daba en él una sencillez tal que había que gozar del privilegio de su amistad, abierta,

por otra parte, a todos, para comprender que, bajo formas aparentemente ordinarias, se ocultaban tesoros de bondad muy profunda.

Lo que más resaltaba era *su sencillez y su bondad*. Era de carácter sincero, franco (como sus apellidos); no guardaba secretos que pudieran dar a entender segundas intenciones. En sus apuntes personales, jamás se lee una frase de encono o de amargura contra nadie. “Quico, escribe otro, fue siempre un gran compañero y mejor amigo; bondadoso lo era sin límites; incluso en su carácter le vimos en el grupo siempre sereno y equilibrado (a pesar de que le notábamos sufría interior y exteriormente: estómago, etc.): era muy adaptable a las personas... Era noble, sin dobleces en su actuar y en su decir”.

Por eso, todos le querían mucho: nadie podrá decir que Francisco haya negado favor alguno que se le pidiera. Se ofrecía libremente para participar en actuaciones en público, para ayudar y mantener la sana alegría en la comunidad; como también para cortar el pelo a los compañeros.

En este punto, todos sus compañeros destacan su cariño para con los niños y los pobres Siempre, en los paseos o en el Oratorio a donde iba los días festivos, estaba rodeado de niños, les daba caramelos, un bocadillo y unos minutos de su amena charla.

Acaso más velada para los no íntimos era *su vida interior*, su espíritu de piedad. Nuestra capilla sabe de muchos ratos de Sagrario, de sus luchas interiores y de sus avances en la vida interior. “Sensible y profundo, escribe otro compañero, para los valores espirituales, con un sentido auténtico de las realidades de la fe; delicado y con una gran capacidad de sufrimiento en profundidad. Todas las cosas, aun las más sencillas, las pasaba por su reflexión religiosa, remontándose al campo de la fe”. “Cuantas veces, añade otro, en el grupo hemos tocado temas espirituales y del sacerdocio, creo haber sido él el iniciador y siempre, eso sí, el que reflejaba su vocación más fresca y joven en sus motivaciones más hondas y religiosas”.

En sus apuntes, encuentro esta preciosa oración, escrita el 8 de junio del año en curso: “Acto de fe en la vida... Dame una luz nueva. Que vea el camino que he de seguir... Tú sabes lo que me conviene. Dame tu mano, apriétame fuerte, no te importe si me haces daño... Si me quejo, no me sueltes... Enséñame a sufrir y a luchar. Dame fe en la vida: que crea en lo que me rodea y espere siempre en tu amor. Señor, que yo crea, que yo espere y que yo ame cada día un poquito más”.

Al tener un alma tan delicada y tan llena de fe, sabía ver la naturaleza con espíritu de poeta religioso: los nidos, los pájaros, las bellezas todas de la naturaleza le inspiraban versos de gran finura y de buen corte: era un pequeño cantor de la creación, en sus conversaciones con los compañeros.

Con esos mismos ojos sabía ver la muerte, en la que pensaba frecuentemente y a la que dedicó una de sus últimas poesías, que transcribiré más abajo. En uno de sus trabajos escritos de clase, de este último curso, se explaya de este modo: “La muerte, a pesar de ser un castigo, no es un mal. Sólo para los pecadores constituye una desgracia. Fue vencida por Cristo y los que viven en Cristo, en el fondo, deberían desealarla, pues por medio de ella nos unimos a la Verdad para la que hemos sido creados. San Pablo la deseaba para recibir la gloria. Y, como él, muchos santos: Santa Teresa de Jesús: “Que muero porque no muero”. En la antigüedad, la muerte prematura se tenía como un castigo (Salmo 54,24), o como un beneficio de Dios



(Sab 4, 7-12). Pero la muerte de los justos es como un sueño ...La muerte para el justo es un paso, doloroso, pero consolador; para el impío es un salto en el vacío que le aterra y le hace temblar. La muerte es un encuentro con Dios”.

¿Presentaría él, por poeta o por esas secretes del espíritu, su pronta muerte? Léanse atentamente estos versos suyos, escritos el 18 de junio, cinco días antes de su paso al Señor.

*“Camino de sangre.*

*No le digas a las rosas - que me tengo que morir;  
ni tampoco a las estrellas - ni a los grillos, ni al silencio;  
no se lo digas a nadie...*

*Dile al jilguero que cante - y a los grillos, a la alondra,  
y al viento y a la luna - diles que no se paren;  
que haya estrellas esa noche - y amapolas y trigales;  
que nadie deje su vida - aunque esté de luto el aire.*

*Me iré yo solo, de negro, - por un camino de sangre;  
que nadie llore mi muerte - que todos recen y canten;  
que la espero a cada instante - aunque tenga que irme solo  
por un camino de sangre.*

*No le digas a las cosas - que ya no puedo vivir;  
deja que sufra yo sólo; - deja que muera sin ellas  
para que aprenda a morir”.*

Nuestro querido hermano vio a un chiquillo en peligro y se tiró a salvarle y le salvó: fue un acto de servicio, de diaconía, de buen pastor. Era el último gesto de unos brazos que habían estado siempre al servicio de los demás. Cuando se le sacó del agua, tenía las manos cruzadas ante el pecho, en postura de recogida oración. Le imagino sintiéndose incapaz de vencer la fuerza del agua; y, entonces, con su acostumbrada preparación y pensamiento de la muerte, se recogería para pedir la ayuda de la Madre Auxiliadora y la infinita misericordia del Señor.

Manos abiertas para los demás, en constante entrega, se juntaban en oración de humilde plegaria.

A ella unimos la nuestra todos cuantos le hemos conocido y amado y cuantos se sienten unidos en religiosa fraternidad salesiana.

José A. Rico  
Director

*Datos para el necrologio:* SUBD. FRANCISCO FRANCO FRANCO, nacido en Grisuela del Páramo (León), el 7 de mayo de 1940, muerto en Candelario (Salamanca) el 23 de junio de 1968, a 28 años de edad y 10 de profesión.